





RUDOLF MILLER
Y EL IMPERIO DE ASTORGA



Esperanza Alonso

RUDOLF MILLER
Y EL IMPERIO DE ASTORGA



Primera edición: junio de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Esperanza Alonso

ISBN: 978-84-19340-44-3

ISBN digital: 978-84-19340-45-0

Depósito legal: M-15282-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Jesús Enrique; nunca dejes de creer.



1

El principio de todo

La última visita del doctor había sido la tarde anterior, Sara despertó de madrugada sintiendo un fuerte malestar en la zona baja de la espalda, así que de inmediato Robert mandó a buscar al doctor; a medida que pasaban las horas los dolores se volvían más insupportables, sudaba copiosamente por lo que Robert mandó abrir todas las ventanas de la habitación, los quejidos eran cada vez más intensos. Sara pujaba desesperadamente mientras se retorció del dolor, de pronto se escuchó un grito seguido, de un llanto.

—¡Ya nació! —exclamó el galeno.

Se habían casado cinco años atrás, desde el principio soñaron con crear una familia numerosa, pero por cosas del destino no había sido posible; en verano mientras Sara trabajaba en el jardín sintió una fuerte fatiga, Robert inmediatamente llamó a su doctor quien con mucha alegría les comunicó que estaba embarazada, ahora la feliz pareja por fin estaba completa, un hermoso niño había llegado a sus vidas y lo bautizaron Rudolf Miller, tenía la piel clara como su madre, el cabello castaño y hermosos ojos verdes como su padre.

Robert Miller era un próspero abogado al que todos respetaban y admiraban, de aspecto saludable y sonrisa franca pero lo que más destacaba de su físico era el contraste entre su piel bronceada y sus intensos ojos verdes, su sentido de la justicia lo había llevado a ser muy reconocido no solo en su pueblo, sino también en la ciudad

de Corino por lo que a veces viajaba para defender a algún cliente; su oficina estaba muy bien ubicada frente al puerto, un lugar muy estratégico teniendo en cuenta que allí se movía y desarrollaba todo el comercio de Marino.

Pero no siempre fue así, su infancia había sido dura, perdió a su madre siendo muy pequeño su padre quedó solo y aunque era pescador trabajó muy duro para que su hijo fuera a la universidad por lo que sus orígenes habían sido humildes, algo de lo que Robert vivía muy orgulloso; al morir su padre se fue a vivir con su único tío y el hijo de este al que no veía muy a menudo porque siempre estaba metido en problemas, así que al graduarse se independizó y se propuso construir su propia vida.

En cambio, Sara era aventurera, amante de la literatura y la música, tocaba muy bien el piano, instrumento que había aprendido desde niña, a diferencia de Robert ella provenía de una familia próspera y adinerada, se había educado en un prestigioso colegio para señoritas en la ciudad de Corino, era rubia de piel muy clara, alta con unos grandes ojos café, y una personalidad entusiasta.

Por ser la benjamina de la familia siempre fue muy consentida, desde pequeña sintió un extraño deseo de viajar, le fascinaba la arqueología, romántica por naturaleza soñadora por deseo propio.

El chalé donde vivían los Miller, Sara lo había heredado de sus abuelos.

Pero los días de aventuras y viajes habían pasado de hecho se conocieron en uno, Sara había viajado a Egipto con sus padres, estaba muy entusiasmada por conocer las pirámides, ese verano su padre le había prometido que irían de vacaciones a El Cairo, lo que causó una gran curiosidad y alegría para la joven, en cambio, Robert servía de acompañante a su padrino al que llamaba cariñosamente tío Luke que aunque mayor al no haber tenido nunca hijos quería hacer ese último viaje con su ahijado así que para él también fue una sorpresa, por fin contemplaría aquellas maravillas arquitectónicas de las que tanto había leído, pero las que nunca había soñado visitar.

El barco donde viajaban zarpó temprano, mientras Robert se mantuvo cuidando a su padrino en el camarote, Sara no dejó de recorrer el barco y escudriñar cada rincón. En una ocasión se sintió mareada, pero eso no afectó para nada su deseo de no perderse ni el más mínimo detalle.

A la llegada el calor era perturbador, pero la guinda del pastel fue el lujoso hotel donde se hospedarían, tenía una vista sin igual, la cercanía con las pirámides de Guiza y la parte histórica egipcia impresionaban sobremanera por lo que a la llegada tanto Robert como Sara no salieron de sus habitaciones contemplando la grandeza de las pirámides desde sus respectivas terrazas.

El ambiente invitaba a viajar a la época de los faraones y reinas egipcias, aquel lugar verdaderamente encerraba un misterio y una cultura que resultaba fascinante.

Muy temprano en la mañana sonó el despertador, Sara extendió su brazo para apagarlo, de un salto se puso en pie, se dio un baño a toda prisa y salió disparada de su habitación, su agitación era tal que no podía esperar por el resto de la familia, así que se adelantó y bajó sola.

El personal del hotel era cálido y atento, el desayuno extraordinario y abundante, Sara disfrutaba ensimismada de su té cuando el joven Robert pasó a su lado, increíblemente no se tropezaron en el barco de camino a Egipto, entonces fue ahí cuando sus miradas se cruzaron, ella sintió una extraña sensación en el estómago algo que no había sentido antes.

«Qué apuesto ese joven», pensó Sara.

Así que en cuando Robert pasó de regreso, Sara enseguida lo aludió.

—Buenos días, caballero —dijo con voz melodiosa.

—Buenos días, señorita.

—¿No es de aquí, verdad? —preguntó curiosa.

—No, no soy de aquí, ¿señorita?

—Oh, disculpe, me llamo Sara —apuntó ella, extendiendo su mano para que fuera besada.

—Robert, un placer —respondió, mientras la besaba.

—¿Viaja solo? —preguntó indiscreta.

—No, vengo acompañando a mi padrino. Estoy haciendo los últimos ajustes para la visita a las pirámides, ¿ya las visitó usted?

—No, también iremos justo hoy, lo que pasa es que no pude aguantar encerrada en mi habitación, así que me adelanté a desayunar, ¡ya quiero contemplarlas de cerca! —exclamó entusiasmada

—Pues quizás más tarde nos crucemos camino a las pirámides, señorita Sara, ahora con su permiso, tengo que terminar de organizar el viaje, ha sido un placer conocerla —dijo educadamente.

—Pero ¡qué torpe he sido! —exclamó apenada—. Conversando y ni siquiera le he preguntado si ha desayunado usted.

—Ya lo hice muy temprano, gracias por preguntar, pero me tengo que ir.

Y extendiendo su mano tomó la de Sara volvió a besarla, y se despidieron.

La conversación fue breve pero definitivamente la chispa había saltado entre ellos, increíblemente no volvieron a coincidir, al día siguiente de la visita a las pirámides el padre de Sara sufrió un ataque al corazón y tuvieron que regresar rápidamente, más tarde Robert se enteró de lo ocurrido, pero ya se habían marchado.

—Pobre muchacha —le comentó a su padrino mientras le contaba lo sucedido—. Con lo feliz que se veía.

—¿La conocías? —preguntó él.

—No, únicamente coincidimos ayer en el desayuno, parecía agradable.

—Presumo por tu cara, que era bonita —comentó Luke.

—Hermosa y simpática —respondió mirando a su padrino con picardía.

Pasó el tiempo y cada uno continuó con su vida, hasta que una tarde mientras Sara disfrutaba de un paseo por el pueblo le pareció cruzarse con un rostro conocido, de pronto recordó quien era y se volvió inmediatamente exclamando:

—¡Robert!, ¿eres tú?

Él se detuvo a mirar quién lo llamaba.

—Sí, ¿nos conocemos? —preguntó apenado mientras trataba de recordar, entonces tras una breve pausa, exclamó—: ¡Sara, la simpática chica de Egipto!, ¿qué haces aquí?, ¿visitando Marino?

—Claro que no —respondió tajante—. Vivo aquí, nací aquí —enfaticó.

—Estás bromeando conmigo, nacimos aquí y nos conocimos en Egipto, ¿cómo puede ser eso posible? —comentó Robert.

—Pues parece que así es —respondió alegremente.

—Qué pequeño es el mundo, ¿cómo está tu padre?, con la alegría del momento no te pregunté.

—Mi padre falleció —dijo Sara con profunda tristeza.

—Cuánto lo siento, Sara, no me lo habría imaginado, pensé que se recuperaría pronto.

—Todo fue muy rápido —respondió ella—. No dio tiempo a nada, regresamos pronto, pero nunca se recuperó, ha sido muy duro para la familia lo extraño mucho —dijo mientras sus ojos se empapaban de lágrimas.

—Lamento mucho tu pérdida, Sara, pero ha sido un placer volver a coincidir contigo, ¿vas de regreso a tu casa?

—No, voy a almorzar a un lugar que me gusta mucho.

—Si te parece bien te invito y conversamos con más tranquilidad.

—De acuerdo, me encantaría.

A partir de ese momento el tiempo voló para ambos, con cada palabra más cómodos se sentían, al final del día quedaron en volver a verse y después de unos días se hicieron inseparables, no podían estar el uno sin el otro.

Sara vivía con su madre la cual aceptó las visitas de Robert a su hija sin ningún reparo, ya sus hijos mayores se habían casado y la herencia de su esposo se había repartido según su testamento y última voluntad.

Con el pasar de los meses fue creciendo el amor, Robert le propuso matrimonio a Sara y se casaron en una bonita ceremonia en

la iglesia Saint Peter muy cerca del pueblo, allí se habían casado sus abuelos y significaba mucho para ella casarse en ese lugar. Después de la celebración emprendieron viaje a Las Polinesias y de regreso se acomodaron en el chalé.

Habían sido muy felices todo ese tiempo, pero su felicidad se veía coronada con el nacimiento de su hijo, nada era más importante para ellos que Rudolf, la vida de los Miller transcurrió tranquila a partir de ese momento.

Robert continuó con su trabajo en la oficina, mientras Sara cuidaba y educaba al pequeño; cómo vivían a las afueras estaban rodeados de pura naturaleza, frondosos bosques y profundos ríos formaban el entorno de aquel hermoso lugar, la vida de los Miller no podía ser más perfecta.

A medida que Rudolf crecía los Miller notaban que su hijo era especial, poseía una gran inteligencia y una facilidad increíble para hacer amigos, tenía un don de gente innato y un corazón muy noble, se le daban bien los deportes, los idiomas, pero también las matemáticas, sentía una curiosidad inquieta por todo lo que le rodeaba en especial lo sobrenatural algo que a veces preocupaba a sus padres.

Pero no fue hasta el cumpleaños número doce de Rudolf, cuando todo cambio, precisamente en la fiesta que los Miller daban para festejar los doce años de su hijo, mientras los chicos correteaban y jugaban por los amplios salones del chalé y los adultos conversaban amablemente alguien tocó a su puerta, enseguida el mayordomo fue a abrir. En el umbral un hombre con aspecto no muy agradable se presentaba.

—¿Esta es la residencia de Robert Miller?

—Sí, señor, ¿a quién tengo el honor de anunciar?

—Michael Miller —respondió en tono arrogante.

—Pase usted por favor —dijo el mayordomo de forma amable asumiendo que por el apellido fuera algún familiar del señor Robert—. Tome asiento, enseguida lo anuncio.

El mayordomo fue apresuradamente al salón de reuniones para comunicar del recién llegado, mientras caminaba pensó que quizás

no fueran familia, al fin y al cabo, el apellido Miller era común, se acercó con discreción a Robert y le susurró al oído.

—Señor Robert, un caballero llamado Michael Miller pregunta por usted.

El rostro de Robert cambió inmediatamente, se disculpó con Charles el hermano de Sara con quien mantenía una amena conversación y salió apresuradamente del salón.

Mientras caminaba por el pasillo y se acercaba a Michael la expresión de su rostro iba cambiando por completo, en cuanto estuvo delante de este, le preguntó en un tono molesto.

—Puedo saber, ¿qué haces aquí?

—Así recibes a tu primo, después de tantos años —respondió Michael mientras extendía su mano para saludar a Robert.

—¿Qué quieres? —preguntó tajante—. ¿A qué se debe esta visita?

—Bueno, querido primo, hace una semana he salido de la cárcel y pensé regresar al pueblo, después de todo aquí es donde nací y esta mi familia.

—¡Tu familia! —exclamó furioso, interrumpiendo a Michael, mientras trataba de contenerse—. ¡Tú solo has dado disgustos a tu familia! —gritó molesto.

—Vamos, Robert, soy tu primo, crecimos juntos, me equivoque en el pasado, pero todos tenemos derecho a rectificar, ¿no lo crees? —preguntó cínicamente.

—Rectificar —dijo en tono irónico—. Mataste a un hombre para robarle su dinero —le dijo entre dientes tratando de no volver a levantar la voz.

—Lo sé, lo sé —contestó Michael intentando calmarlo—. Fue un error de mi parte, era muy joven y ya pagué por eso, no soy el mismo de antes, créeme por favor —dijo en tono de súplica—. Venga, abraza a tu primo.

—Tantas veces he escuchado lo mismo y honestamente no creo una palabra de lo que dices, es mejor que te marches de mi casa —ordenó.

De pronto.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó una voz detrás de ellos.

Era Sara, que se había dado cuenta de la ausencia de Robert y salió en su búsqueda. El silencio invadió el salón, los dos hombres se miraron por un instante y entonces Robert dijo:

—Querida, te presento a Michael Miller, mi primo.

—¡Tu primo!, encantada —exclamó Sara entusiasmada por la noticia—. No sabía que tuvieras un primo al que no conocía, ¿cómo no me habías hablado de él antes?

—Es que no nos veíamos desde hace muchos años —dijo Michael rápidamente—. Creo que la familia ya me daba por muerto, pero solo estaba recorriendo el mundo y hasta ahora regreso.

—Probablemente le dábamos por muerto —dijo Robert sarcásticamente.

—Pues nos alegra mucho tu regreso, Michael, ¿verdad, cariño? —dijo Sara dirigiéndose a Robert—. Porque no regresamos todos al salón, te presentaré al resto de la familia y amigos.

—No, cariño —se apresuró a decir Robert—. Michael ya se marcha, solo pasó por aquí para que supiéramos que había regresado.

—Bueno —dijo Michael, interrumpiendo—, puedo quedarme un momento, tampoco es que esté tan apurado en marcharme —sugirió.

—Pues no se hable más —apuntó Sara—, y de paso nos cuentas un poco de tus experiencias y viajes, además, no te puedes marchar sin conocer a nuestro más preciado tesoro, nuestro hijo Rudolf, que está de cumpleaños hoy, ¿verdad, cariño?

—Claro que sí, querida, pasemos al salón.

Caminaron despacio por el pasillo, en cuanto se asomaron al salón de inmediato todas las miradas se posaron en él, era alto y robusto, pero había algo en su rostro que no convencía, sus ojos eran de un color negro tan intenso que casi hipnotizaban, su mirada era definitivamente cínica y fría, su aspecto era tosco y su vestimenta dejaba mucho que desear, mientras circulaban por el salón

Sara lo iba presentando a todos pero Michael solo observaba con asombro la opulencia de su entorno, en un momento su mirada se cruzó con la de Robert que lo miraba detenidamente desde el otro extremo del salón, Michael al darse cuenta le lanzó una media sonrisa y asintió con su cabeza, queriéndole decir a su primo: «Lo has logrado».

De repente Sara se detuvo.

—George te presento a Michael el primo de Robert.

—Encantado, no sabía que Robert tuviera un primo en Marino.

—Tampoco yo, es que apenas acaba de regresar de un largo viaje.

—Lo que sucede es que me ausenté por tantos años, que ya nadie se acordaba de mí —apuntó Michael.

—¿Y usted es...?

—George es nuestro vecino —interrumpió Sara—, pero también un miembro más de la familia, ¿verdad?, para Rudolf es como el abuelo que nunca tuvo, aunque lo llama cariñosamente tío George.

—¡Felizmente! —exclamó George—. Que me llamen abuelo me hace sentir muy viejo.

De repente y cambiando el hilo de la conversación, Michael preguntó.

—Bueno, y ¿dónde está el homenajeado?

—Está con los otros chicos en el jardín jugando —respondió Sara—. Mandaré a buscarle enseguida.

Robert que no había dejado de observar cada paso de Michael se acercó apresuradamente y le susurró al oído:

—Aléjate de mi hijo, no te quiero cerca de él, me oíste. ¿Por qué has regresado?

—Tranquilo Robert, solo pasé a saludarte, y claro, me gustaría conocer a tu hijo el heredero de los Miller —respondió Michael—. Ya te dije que he cambiado, soy una nueva persona, te lo demostraré, primo.

Rudolf entró al salón y se dirigió hasta donde estaba su padre.

—¡Oh, aquí estás! —exclamó Michael, mientras Rudolf se acercaba—. Ya eres todo un jovencito —comentó—. Soy el primo de

tu padre —le dijo, mientras le extendía la mano en señal de saludo—. Tienes cara de ser muy inteligente, ¿cuántos años cumples hoy?

—Doce años, señor, ¿no sabía que mi padre tuviera un primo?

—Es que viajo con mucha frecuencia, llevaba muchos años fuera.

—También me gusta viajar —dijo Rudolf.

—Qué bien —apuntó Michael—. ¿Y qué lugares te gustaría conocer?

—Me gustaría ir a Egipto, la India, Marruecos, son sitios antiguos y misteriosos que me encantaría conocer.

—Lugares interesantes —dijo Michael.

—¿Ha estado en alguno de ellos? —preguntó curioso—. Mis padres se conocieron en Egipto, ¿lo sabías?

—Los he visitado varias veces, lo que no sabía era que tus padres se habían conocido en Egipto.

De pronto apareció el mayordomo con una bandeja de bocadillos.

—¿Puedo regresar con mis amigos? —preguntó Rudolf dirigiéndose a su madre.

—Claro que sí, cariño.

—Encantado de conocerlo, señor; digo, primo —dijo Rudolf mientras volvía a estrechar su mano y salía como un bólido corriendo.

—No corras tanto, por favor, te vas a lastimar —apuntó Sara. Entonces dirigiéndose a Michael comentó:

—Discúlpalo por favor, es la edad, no se cansan de jugar.

—Entiendo —dijo Michael con cara de pocos amigos, mientras extendía su brazo para tomar un bocadillo de la bandeja que llevaba el mayordomo, y continuó diciendo—: La velada está estupenda, gracias por invitarme Sara o puedo llamarte prima.

—Lámame Sara o prima, como más guste somos familia, ¿está bien?

—Pues claro —dijo Michael dirigiendo su mirada hacia Robert—. La familia es la familia.

El resto de la tarde transcurrió sin más contratiempos, Sara tocó varias melodías en el piano, Michael circuló entre los amigos y familiares de los Miller fanfarroneando de vez en cuando sobre sus supuestos viajes y aventuras y Robert claro está sin perderlo de vista ni un segundo y aunque todo terminó tranquilamente no podía dejar de pensar en el regreso de Michael y el porqué de su visita, algo no estaba bien y sobre todo algo lo atormentaba, ¿cómo le contaría a Sara que su primo era un asesino?

Los Miller se fueron a la cama, Sara estaba tan cansada, que se durmió rápidamente, había sido la anfitriona de la fiesta y después de despedir al último invitado estaba lista para dormir, en cambio, Robert no lograba conciliar el sueño, solo pensaba en una cosa, Michael y su regreso, qué se traería entre manos, aunque de algo sí estaba completamente seguro, no quería a Michael en sus vidas y mucho menos cerca de su hijo, entonces intentando no pensar más en eso, se dio la vuelta tomó un libro que tenía sobre su mesa de noche y estuvo leyendo unos diez minutos hasta que quedó profundamente dormido.

En cambio, Michael tenía sus propios planes, había rentado un cuarto en La Hacienda un motel de mala muerte cerca del pueblo y ya en su habitación estaba planeando su próximo paso, pretendía a toda costa ganarse la confianza de Robert, necesitaba desesperadamente dinero y el único que lo podía ayudar era su primo, pero, ¿cómo haría esto?, había sido más que evidente que Robert no sintió ningún agrado con su visita, pensaba mientras retiraba el edredón polvoriento de su cama.

—No le daré más vueltas al asunto —dijo en voz alta mientras se cubría—. Algo se me ocurrirá mañana —y se quedó dormido.

Al día siguiente Robert se despertó muy temprano, debía estar en su despacho a primera hora de la mañana estaba preparando la defensa en un caso muy importante, el Sr. Jame estaba siendo acusado de robo y estafa a la aseguradora, en una semana se llevaría a cabo el juicio y necesitaba revisar toda la evidencia disponible,

todavía no estaba convencido de la inocencia de su cliente, en los dos últimos meses desde que este caso había llegado a él cada día daba un nuevo giro, era una locura y necesitaba tener todo listo, así que comió solo un bocado de su desayuno y salió a toda prisa.

En la oficina Meryl ya estaba escribiendo a máquina, llegaba siempre muy temprano, su trabajo era lo más importante en su vida. Llevaba cinco años trabajando en la firma de Robert, cuando este la contrató, su secretaria Marta se había mudado a otro pueblo y él estaba desesperado buscando a alguien y ella estaba disponible.

Manejaba muy bien el despacho y él confiaba plenamente en su capacidad y discreción. Era algo mayor, pero de silueta bastante estilizada, cabello castaño, ojos marrones y nariz respingada, usaba gafas un poco ridículas y aunque nunca se casó, su carácter no era para nada el de una mujer amargada, sino todo lo contrario, era alegre y muy dulce.

—Buenos días, señor Robert, ¿cómo amanece?

—Muy bien, gracias. Me alegro de verla, señorita Meryl, ¿algún mensaje esta mañana para mí?

—Sí, señor, llamó el señor Ulke para su cita a las diez, qué nombre tan raro el de este señor, casi no lo puedo pronunciar, tiene el expediente listo sobre su mesa.

—No sé qué haría sin usted, Meryl, gracias por todo, ¿ya llegó el periódico?

—El periódico se ha demorado hoy, señor, pero no se preocupe usted en cuanto llegue se lo alcanzo, ahora le sirvo su café, ya lo tengo listo, ah, se me olvidaba señor Robert, un tal Michael estaba esperando en la puerta cuando llegue, le comuniqué que usted vendría más tarde, le pregunté si quería sacar una cita para verlo, pero me dijo que solo le dijera que estuvo por aquí, ¿lo conoce usted? —preguntó curiosa.

—Sí, Meryl, lo conozco muy bien, es mi primo, si lo vuelves a ver merodeando por aquí me avisas por favor.

—Como usted diga, señor.

Mientras tanto en el chalé de los Miller la mañana transcurría como de costumbre, Sara preparaba personalmente el desayuno de su hijo, a Rudolf le encantaban los huevos revueltos y las tostadas francesas que, hacia su madre, siempre decía que era el mejor desayuno del mundo.

—¡Apresúrate! —exclamó Sara tocando la puerta del dormitorio de Rudolf—. Llegarás tarde al colegio.

—Ya voy —respondió agitado—. No encuentro mi cuaderno de historia.

—Y a esta hora te das cuenta de que no encuentras el cuaderno de historia —dijo Sara molesta mientras bajaba las escaleras—. Empacaré el desayuno y lo comes por el camino.

—¡Ya lo encontré! —gritó Rudolf, saliendo rápidamente de su dormitorio y bajando a toda prisa.

El timbre del colegio sonaba cuando el coche se asomaba por la esquina.

—Llegamos a tiempo, esta noche dejás todo organizado, no me gusta andar corriendo como a ti, ah —recordó—, esta tarde le pediré a tu padre que te recoja, quedé con Lily en ayudarla con la decoración de la habitación del bebé.

—Recuerda que hoy tengo fútbol, mamá —dijo Rudolf mientras la besaba y corría hasta la entrada.

Rudolf tenía un gran parecido con el señor Robert, pero si lo mirabas bien te dabas cuenta de que se parecía también a Sara tenía los ojos verdes como su padre, pero se le habían vuelto de un verde más intenso, el cabello también le había cambiado lo tenía bien rizado y, en su mejilla reposaba un bonito lunar que le daba un aire de gracia a su cara.

Desde pequeño lo tuvo todo, sus padres se esmeraron en su educación, y a medida que crecía iban inculcando en su pequeño hijo buenos valores, por lo que Rudolf siempre destacó sobre los demás, aprendió a leer y escribir con tan solo cuatro años y sentía un amor muy especial por los animales, creció rodeado de ellos,

tenía un hermoso labrador llamado Leo que lo acompañaba en todo momento y en el bosque cercano a su casa alimentaba a las ardillas y hasta un zorro plateado que llegaba al chalé en invierno buscando comida, con el tiempo se hicieron amigos y llegaron a confiar uno en el otro.

Un día mientras jugaba en el bosque escuchó que alguien lloraba, al asomarse a ver quién era se encontró con Peter Robinson un chico de su edad que ayudaba a su hermana Ruth a levantarse, su bicicleta había tropezado con una piedra y estaba tendida en el suelo con las rodillas lastimadas, Rudolf se presentó y los llevó hasta su casa para curar las heridas de Ruth a partir de ese momento se hicieron inseparables, eran los mejores amigos y estaban en la misma clase, Peter era un poco más bajo en estatura que Rudolf, pero más corpulento, de piel trigueña y ojos cafés, sus dientes eran de una indisciplina total, pero hacían que tuviera una hermosa sonrisa.

Mientras tanto en la oficina Robert estaba reunido con el Sr. Ulke revisando las evidencias del caso, mientras Meryl transcribía el testamento de la Sra. Hanna, lo hacía a toda velocidad, porque en menos de una hora debía llevar unos documentos al registro de propiedad. Siempre que salía de la oficina aprovechaba para visitar El Chocolatier, sitio de moda en Marino, al que solía ir a tomar un refrescante helado, tratando siempre de ocupar una mesa al fondo para tener mejor vista del lugar, y enterarse de todos los cotilleos del pueblo.

Estaba a punto de terminar cuando sonó el teléfono, era Sara, necesitaba hablar con Robert.

—Su esposa está al teléfono, Sr. Robert.

—Por favor, Meryl, si no es nada urgente que me deje el mensaje, yo la llamaré más tarde.

—Está bien, señor.

—Señora Sara, el señor está reunido con un cliente, dice que le deje el recado si no es nada urgente.

—Dígale que necesito que esta tarde recoja a Rudolf en el colegio por favor, el partido de futbol debe terminar alrededor de las tres.

—Se lo diré, señora Sara, que tenga un buen día.

—Gracias, Meryl, usted siempre tan atenta, adiós, buen día también para usted.

—Adiós, gracias —y colgó—. Creo que mi helado tendrá que esperar —pensó Meryl en voz alta.

En el colegio el partido fue muy emocionante los Índigos volvieron a ganarle a los Rojos, la rivalidad entre ambos equipos era bien conocida en Marino.

—A las cuatro te espero en mi casa —le dijo Rudolf a Peter finalizado el partido.

—A las cinco será mucho mejor debo dejar mi tarea hecha.

—Perfecto, a las cinco te espero, le dimos una tremenda paliza a los rojos, ¿no te parece?

—Jugamos mejor esta vez, ellos estaban muy presionados por ganar, ahora tendremos que entrenar mucho más duro para el partido de la semana que viene, ese será el decisivo.

—Es verdad, pero con un jugador menos va a hacer muy difícil ganarles, Claudio no va a poder jugar —comentó Rudolf—. Viste cómo le quedó el tobillo.

—Sí, lo vi, esperemos a ver qué pasa, te veo más tarde.

En la oficina a Robert le tocó salir de prisa, la reunión con el Sr. Ulke se extendió más de lo esperado por lo que al llegar al colegio ya Rudolf lo esperaba.

—Hola, papá —dijo Rudolf mientras subía al auto.

—Hola, hijo, qué tal tu día, ¿cómo estuvo el juego?

—Bien, ¡le ganamos a los rojos! —exclamó emocionado.

—Felicidades, hijo, cuánto me alegro y el desempate, ¿cuándo será?

—La próxima semana y Claudio justo hoy se torció el tobillo.

—Bueno, esas cosas pasan cuando juegas futbol, ya encontrarán quién lo remplace.

—Bromeas, papá, con el trabajo que ha costado reunir este equipo, no lo creo, quizás el próximo año lo logremos.

—¿Pero ya te diste por vencido? Samuel el entrenador encontrará a alguien que replazce a Claudio, hasta que no suene el silbato final hay esperanzas, ¿no te parece?

—Sí, lo sé, pero los rojos van a por todo, el año pasado les ganamos y este es la revancha.

—Pues ahora ustedes también pondrán todo su empeño en el juego, recuerda que la victoria es de quien más la desea.

—Lo sé, papá —dijo Rudolf apenado—, pero hemos entrenado tanto y ahora mira lo que ha pasado, justo ahora tenía que romperse el tobillo Claudio.

—Entonces piensa en cómo se debe sentir el pobre chico, imagínate que te hubiera pasado a ti —señaló Robert—, ¿cómo te sentirías al no poder ayudar a tu equipo?

—Es cierto, no lo había pensado de esa manera.

En el trayecto continuaron charlando, de pronto Rudolf preguntó a su padre.

—¿Puedo ir esta tarde a casa de George?

—Creo que no hay ningún problema, si George está de acuerdo.

—Genial —dijo Rudolf emocionado—, me cambio de ropa, hago las tareas y enseguida voy a verlo, ¿crees que pueda llevar a Peter? —preguntó dudoso—. Quedé con él en vernos a las cinco.

—Hijo, eso tendrías que preguntárselo a George, ¿está bien?

—Está bien, papá, así lo haré —dijo Rudolf, mientras le daba un beso en la mejilla y bajaba del auto.

George, el vecino de los Miller, era un hombre solitario, pero se llevaba muy bien con Rudolf, de contextura normal, cabello canoso, barba muy tupida y ojos azules casi transparentes, su voz era suave, pero a la vez firme, tenía un andar tranquilo y siempre estaba muy bien vestido, los Miller confiaban en él, poseía un pequeño palacete justo al lado de su propiedad, pero lo que más emocionaba y gustaba a Rudolf era su impresionante biblioteca, al

chico le encantaba visitarlo para leer y escuchar historias increíbles contadas por él.

Apenas entrar a la casa fue directamente al teléfono y marcó.

—Buenas tardes, Arthur, es Rudolf Miller, ¿está el tío George en casa?

—Un momento, señorito, enseguida lo llamo.

—No hace falta, Arthur, solo pregúntele, por favor, si puedo visitarlo esta tarde acompañado de un amigo.

—Aguarde un momento, señorito, enseguida le pregunto.

Al cabo de dos minutos se volvió a escuchar la voz de Arthur.

—El señor dice que lo espera, señorito.

—Gracias, Arthur —dijo Rudolf emocionado y colgó el teléfono.

Lo hizo todo muy rápido estaba desesperado por contarle a su amigo Peter que visitarían a George, claro que ya le había hablado de George y sus historias, pero Peter no lo conocía en persona.

—Hugo, iré con Peter a visitar al tío George, cuando regrese mi madre dígaselo por favor —le dijo Rudolf al mayordomo.

—Así lo haré.

Peter fue puntual como de costumbre y enseguida los dos muchachos se dirigieron al palacete de George, se disponían a tocar cuando Arthur apareció ante ellos.

—El señor George los espera en la biblioteca, ya conoce el camino señorito Rudolf, o ¿prefiere que los acompañe?

—No hace falta, Arthur, gracias de todos modos.

Mientras Arthur cerraba la puerta los chicos se dirigieron a toda prisa hacia la biblioteca, atravesaban el salón principal cuando Peter preguntó a Rudolf:

—Señorito, ¿por qué te dice señorito?

—No lo sé, siempre me llama así, debe ser una costumbre de él.

—Y qué acento tan raro tiene, ¿sabes qué país es?

—A mí no me parece raro, pero le preguntaré.

Al llegar al pasillo caminaron muy despacio, las paredes estaban cubiertas por pinturas que parecían antiguas, todo lucía viejo y

misterioso, el lugar en penumbras reforzaba esa idea, Peter estaba muy emocionado caminando detrás de Rudolf mientras contemplaba los hermosos cuadros que surgían a su paso, de pronto le llamó la atención el retrato de una niña de cabello rojo y largo, se detuvo unos segundos a observarlo y entonces le pareció que la niña le guiñaba un ojo, del susto corrió al lado de su amigo, mientras el corazón le latía a mil por horas.

—¿Viste eso? —preguntó Peter impávido.

—¿Qué cosa?

—La niña del cuadro, juraría que me acaba de guiñar el ojo.

—No te preocupes —dijo Rudolf restándole importancia—. A mí también me pasó cuando George compró el cuadro, es un efecto de la pintura, me lo explicó George.

—¿No te da miedo venir aquí? —preguntó Peter que alucinaba mientras caminaba al lado de su amigo.

—Claro que no —dijo Rudolf susurrando—. Cuando conozcas a George te encantará, ya vas a ver.

El aire era denso, la puerta estaba entreabierta y ahí estaba él, tumbado en su butacón de terciopelo azul con una pipa sin encender en la mano, parecía que el tiempo se hubiera detenido, mientras Rudolf y Peter lo observaban en silencio, George tenía la mirada perdida, parecía como si su mente estuviera fuera de este mundo, en el pasado eran tantas las historias que Rudolf había escuchado; más tarde entendería porque nunca se separaba de su pipa.

Rudolf tocó ligeramente la puerta.

—Ah, ya están aquí —dijo George, mientras se levantaba de su viejo butacón y ponía su pipa sobre la mesita a su lado—. Adelante, muchachos, están en su casa.

Los niños se acercaron a él, entonces enseguida Rudolf dijo:

—Tío George, te presento a mi amigo Peter.

—Encantado de conocerte, Peter, Rudolf me ha hablado mucho de ti.

—Lo mismo, señor, a mí también me ha hablado mucho de usted y sus historias.

—Pues pónganse cómodos, le pediré a Arthur que traiga té frío.
Acto seguido volvió a derribarse en su butacón, tomó de la mesita una pequeña campana y la agito, al cabo de un rato Arthur se asomó a la puerta.

—¿Qué desea, señor?

—Mi querido Arthur, serías tan amable de traernos té frío y algunos dulces, me pongo a contar historias o a leerle algún libro a los chicos y se me seca mi garganta.

—Enseguida lo traigo, señor.

Mientras tanto Peter observaba maravillado todo a su alrededor, la biblioteca era inmensa, el lugar estaba atestado de libros, las escaleras llegaban al techo para poder tomarlos, jamás había visto algo así en toda su vida, ni siquiera la biblioteca municipal poseía semejante cantidad de ejemplares, pero también había un halo de misterio, Peter sintió escalofríos, de pronto se dio cuenta de que George lo observa, así que le preguntó:

—¿Les ha leído todo, señor?

—Casi todos, aunque reconozco que me faltan algunos por leer.

—Pero son muchos, señor, ¿cómo ha podido leer tanto? —preguntó incrédulo.

—Bueno —contestó George—, siempre me ha gustado mucho la lectura y ya no soy tan joven, así que he tenido tiempo de leer bastante.

—También es muy hermosa su pipa, primera vez que veo una así, con tantas piedras y además dorada, ¿fuma usted, señor? —preguntó indiscretamente.

—No, George no fuma —interrumpió Rudolf mientras le lanzaba una mirada de advertencia—. Es un recuerdo familiar —apuntó—, y no es dorada, ¡es de oro y las piedras son genuinas!, ¿verdad, George? —dijo emocionado tratando de restar importancia a la curiosidad de Peter.

—Así es, mi querido Rudolf, la heredé de alguien muy querido y por esa razón nunca me separo de ella.

Entonces hizo una pausa y preguntó a los chicos que lo observaban atentamente.

—¿Quieren escuchar una historia o prefieren que les lea algún libro en especial?

—Una historia —dijeron los dos chicos a la vez, mientras se acomodaban sobre unos cojines cerca de la chimenea.

—Pues a ver —dijo en tono pensativo—, creo que tengo una historia interesante para ustedes, nunca se la he contado a nadie, así que serán los primeros en escucharla, todo transcurre en un mundo casi paralelo a este, pero a la vez muy diferente, un lugar donde la magia y lo real coexisten.

George se acomodó en su butacón y comenzó.

—En un mundo muy lejano donde todo era posible vivía un rey llamado Axil Bransford, era el heredero de una gran dinastía de reyes, su padre antes que él había sido coronado rey de Astorga, Brarton como se llamaba el padre del rey Axil llegó a ser muy querido en todo aquel extenso mundo, su inteligencia y buen corazón lo hicieron ganarse el respeto hasta de sus enemigos, había logrado después muchas guerras y batallas contra la mala magia, que los hombres y los magos convivieran en paz, logrando un acuerdo entre todos los reinos y habitantes de cada región, ganándose su admiración y confianza.

»Después de algunos años el rey Brarton murió, convirtiéndose Axil su hijo mayor en soberano de Astorga, también siendo respetado y querido por su pueblo, gobernó inteligentemente para mantener la paz y respetar los fundamentos escritos por su padre, hasta que el gran mago Lennart hijo de Tremor que llevaba años organizando su venganza y con grandes ansias de poder logró convencer a otros magos, para que lo apoyaran y, desató así nuevamente la guerra.

»Lennart estaba convencido de que los magos eran los más apropiados para gobernar Astorga, su sueño era subyugar a todos, quería el poder a toda costa sin importar las consecuencias. La guerra se extendió por diez largos años, creando pobreza y un caos total.

»El rey Axil logró mantener a su ejército unido y con el apoyo de la mayoría, alcanzó la anhelada victoria obligando así a Lennart

al destierro perpetuo, nuevamente fue proclamado máximo rey de todo Astorga, logrando con éxito por años, que la paz y la justicia se mantuvieran y respetaran.

»Al cabo de un tiempo el rey Axil tuvo dos hijos, Sírcala su primogénito y Pior, los príncipes tuvieron una infancia feliz, asistieron como era obligatorio al colegio de las artes ocultas, dentro del Gran Ministerio de la Magia y aprendieron todo lo que necesitaban saber para asumir en el futuro la responsabilidad de gobernar Astorga.

»Cuando alcanzaron la mayoría edad, los proclamó por iguales príncipes de su reino y, en su momento les mandó a construir sendos palacios a cada uno en diferentes lugares de sus dominios, quería ser justo e impedir que en el futuro cuando ya él no estuviera sus hijos se pelearan por el poder.

»La paz duró por muchos años, los príncipes crecieron y su padre deseaba que se casaran así que mandó a organizar un gran baile para que alternaran con las princesas casaderas de su reino, con suerte alguna posible relación podría surgir de ahí.

»La voz de que un gran baile se llevaría a cabo corrió por toda Astorga, las princesas estaban entusiasmadas, los príncipes eran famosos por ser apuestos e inteligentes, todo parecía indicar que las intenciones del rey darían buenos frutos.

»El baile fue todo un éxito, Pior el segundo de los hijos se fijó enseguida en Marla, era muy alta, robusta, hermosa y astuta, única hija de Xavier rey de los Simplones, pertenecía al cónclave de los reyes de Astorga, así que Marla estaba destinada a casarse con un príncipe.

»Pero Marla no estaba interesada en Pior, ella deseaba a su hermano Sírcala, al fin y al cabo era el primogénito y futuro sucesor de su padre, pero para su desdicha Sírcala no reparó en ella ni una sola vez, su atención se posó enseguida en Nina, hija menor de Gustaf rey de los Dragones, tenía los ojos azules de dragón más bellos y brillantes que él hubiera visto jamás y unas hermosas orejas puntiagudas, pero a pesar de su belleza era callada y muy tímida,

también se decía que al nacer había estado casi a punto de morir y que Hansará la bruja había soplado aliento de vida a la recién nacida y sellando con esto un pacto con su padre el rey; sin embargo, Sírcala pensaba que eran solo rumores, y al verla quedó prendado de ella, con este inconveniente a Marla no le quedó más remedio que aceptar las galanterías de Pior.

»Con el pasar de los meses las dos parejas se comprometieron y casaron, el rey Axil estaba feliz, había logrado su objetivo.

»En menos de un año creció la familia, Marla trajo al mundo a un niño al que bautizaron Richard, todos estaban felices, sobre todo el rey Xavier, con este niño aseguraba un sucesor para su reino.

»En cambio, Nina la esposa de Sírcala no lograba concebir, el rey Axil estaba preocupado, quería antes de morir tener la tranquilidad de que su hijo Sírcala tuviera un sucesor, al ser su primogénito, es quien debería dar un sucesor al reino, temía que si eso no sucedía se pudiera quebrantar la paz que tanto había costado mantener y aunque Pior ya tenía un hijo, estaba emparentado con los Simplones, y el rey Xavier no era precisamente un devoto colaborador.

»Para sorpresa de todos, después de seis largos años Nina quedó embarazada y trajo al mundo una niña, todavía no la habían bautizado cuando...

Arthur interrumpió.

—Señor, el té está listo, ¿lo sirvo aquí?

—Sí, Arthur, por favor, lo tomaremos aquí.

—Lo buscan en el salón, señor.

—¿A mí? —preguntó George con un gesto de duda en la cara.

—Sí, señor, lo están esperando, necesitan hablar con usted —respondió Arthur haciendo un ligero gesto con su cabeza.

—Está bien, Arthur, trae el té a los muchachos, en lo que yo atiendo.

Mientras George se levantaba de su butacón, Peter susurró a Rudolf.

—No me gustaría quedarme solo en este lugar ni por un segundo.

—No pasa nada —respondió Rudolf en voz baja—. Ven, miremos alguno de estos libros mientras George regresa.

—Mejor venimos otro día, ¿no te parece? —insistió Peter—. Salgamos a jugar un rato, no me siento bien aquí —le susurró al oído.

—Está bien si así lo deseas, pensé que eras más valiente.

George se dirigió a salir cuando Rudolf lo detuvo.

—Tío George, podemos venir otro día y nos sigues contando la historia, ya Peter debe volver a su casa.

—Está bien, otro día continuamos con la historia; aquí los espero, ¿quieres que Arthur los acompañe a la puerta?

—No, tío George, no hace falta —dijo Rudolf mientras ayudaba a levantar a su amigo—. Conozco bien el camino.

—Gracias, señor, y encantado de conocerlo —dijo Peter despidiéndose de George.

Los chicos salieron de la biblioteca y caminaron por el pasillo en silencio Peter volvió a fijarse en todos los cuadros, pero esta vez le pareció no ver el de la niña de pelo rojo, así que en cuanto estuvieron fuera, dijo:

—Viste, Rudolf, el cuadro de la niña desapareció, lo sabía.

—Claro que no, seguramente pasaste por su lado y no te diste cuenta.

—Te digo que desapareció, me fijé bien y ya no estaba.

—Olvidate del cuadro y vamos a practicar un rato, la semana que viene será el último partido, la próxima vez que visitemos a George te demostraré que el cuadro sigue ahí —contestó Rudolf—. Seguramente te da miedo y piensas que la casa de George esta embrujada.

—¡Claro que no tengo miedo! —gritó Peter—. Te juro que el cuadro ya no estaba, ya lo verás cuando regresemos.

—Está bien, amigo, lo que tú digas.

—Quieres apostar.

—Te creo completamente, el cuadro desapareció, no hablemos más del asunto —dijo Rudolf en tono de burla—. Busquemos el balón y practiquemos, atrápame si puedes, pero ten cuidado con los fantasmas —gritó, mientras se reía y corría rumbo a su casa.

—¡Allá voy! —exclamó Peter y corrió detrás de su amigo—. Conque fantasmas no, me las vas a pagar, Rudolf Miller.